

Reflexiones sobre el desarrollo económico “clásico” de Inglaterra *

FERNANDO CARMONA

1. Trascendencia histórica y teórica del ejemplo inglés

Ocuparse del ejemplo clásico del desarrollo capitalista en Inglaterra, del desarrollo en la época premonopolista o “competitiva” de este sistema, es una ocasión que debiera a todos llevarnos a meditar desde posiciones no convencionales, esto es, con criterios lo más alejados posible de cánones trillados. El modelo clásico inglés ha sido estudiado ya por las mejores mentes del mundo que han dedicado su vida a las ciencias sociales y, en particular, por los mejores economistas de todas las épocas. Por lo tanto, reparar en algunos hechos de dicho ejemplo en nuestro país y en nuestra época, no debiera ser tanto ocasión para abundar en lo que se conoce de sobra y menos aún para insistir en los incidentes y detalles más o menos anecdóticos del proceso que condujo al desenvolvimiento de aquella economía, de aquella sociedad y en aquellas circunstancias históricas, sino propiamente para enfatizar algunos aspectos y derivar conclusiones que nos permitan entender mejor el porqué de la diferente situación de México y de los países como el nuestro. Al pergeñar estas notas, procuraré limitarme a las menciones que nos puedan ser más útiles para mejorar nuestro enfoque en la necesaria comprensión de los problemas propios.

Muchos sostenemos que la ciencia económica es Economía Política, a la usanza clásica, esto es, Economía Social. Pero no siempre se entiende que el carácter social y el carácter histórico de nuestra ciencia quieren decir, entre otras cosas, que la historia nunca se repite, que los hechos que registra son singulares, que se producen en un contexto preciso, en las circunstancias generales de una región, un continente o el mundo

* Versión revisada de la conferencia presentada en el *Seminario de Desarrollo y Planificación*. 7º Semestre. E.N.E. Marzo de 1968.

y las más concretas de cada país y de cada momento; y por lo tanto, al olvidarse tales caracteres esenciales del proceso histórico suelen cometerse errores de apreciación que pueden llevar a conclusiones totalmente erróneas.

Es decir, el ejemplo inglés tiene sus propias modalidades, sus propias peculiaridades que arrancan de su propia historia, pero esto no quiere decir que no existan enseñanzas de utilidad y de validez universal y que no hubiera hechos en la historia singular de Inglaterra en los que todos debiéramos reparar. El capitalismo, lo sabemos todos, es un sistema histórico de producción que resultó de la evolución humana durante milenios, y si en Inglaterra adquirió perfiles singulares que le permitieron el desarrollo de sus fuerzas productivas en condiciones hasta entonces sin paralelo, es justamente por una serie de hechos y de circunstancias que crearon las condiciones más propicias para el desenvolvimiento del nuevo sistema. Delimitar algunas de ellas, nos brinda la oportunidad de diferenciarlas con más precisión de las condiciones deparadas a otros países por su propio devenir, en el marco de una historia en el que las interinfluencias recíprocas aumentan continuamente.

Todavía a fines del siglo XVIII, Adam Smith señalaba que Inglaterra estaba detrás de Holanda en cuanto al desarrollo alcanzado en el comercio y la industria.¹ Pero, como afirmaba un distinguido economista inglés de principios del siglo, John A. Hobson, injustamente ignorado por las últimas generaciones de estudiantes y profesores: "... la Gran Bretaña, mayor en población y territorio y adelante de Holanda en cuanto al capital acumulado, el control de territorios coloniales y la operación de su comercio, en otros aspectos estaba mejor dotada para un desarrollo industrial sobre nuevas líneas. La cantidad absoluta de capital y trabajo disponible para las nuevas empresas industriales, era mayor en Inglaterra que en cualquier otro lugar".

Hobson explicaba algo más: "El aumento del valor de la tierra tanto en el campo como en las ciudades, las utilidades del comercio colonial, la iniciación de grandes empresas nacionales en la banca, la producción de cerveza, la minería, el negocio de la lana, etcétera, proporcionaron acumulaciones mayores de fondos que las existentes en los demás países. La más grande capacidad de crecimiento demostrada por la población trabajadora de Gran Bretaña se vio reforzada por la libre inmigración desde Irlanda y el Continente Europeo, mientras que las más antiguas y completas reformas del sistema agrícola desplazaron a un mayor número de brazos a los nuevos centros industriales. Esta mayor oferta de capital y trabajo a disposición de la nueva industria coincidió con un gran desarrollo de las técnicas, estimulado en realidad por aquella oferta, y el descubrimiento de ricos depósitos de hulla y de hierro en varios

lugares del país proporcionaron una sólida base material para la nueva economía maquinizada. . . Por último, las mentes de los empresarios británicos se ocuparon más aguda y tenazmente en la creación de métodos empresariales en la organización del capital y del trabajo y en el desarrollo del mercado. . . ”²

Veamos, pues, algunos hechos que permitieron que la economía británica alcanzara las características resumidas por Hobson en la transcripción anterior, las cuales hicieron posible la llamada Revolución Industrial que habría de transformar desde sus cimientos al viejo orden de la sociedad.

2. *Condiciones estructurales de la acumulación*

En las modernas teorías sobre desarrollo económico se pone cada vez mayor atención al proceso de formación o de acumulación de capitales, como el hecho más dinámico de todo el proceso de cambios acompañantes del desenvolvimiento. En consecuencia, si como los hechos empíricos y el análisis teórico permiten asentarlo, en efecto es el proceso de formación o acumulación de capitales lo que imprime su dinamismo al desarrollo económico, tendríamos que empezar por subrayar que en el ejemplo inglés se encuentran las condiciones más propicias para que dicho proceso de acumulación se desencadenara. Éste es el hecho que debe centrar nuestra atención en primer término, si bien no entraremos en mayores detalles. Pocos como el viejo Marx analizaron con precisión lo que fue el proceso inglés de acumulación que él mismo llamó “primitivo”, y que en el caso de esa nación reunió caracteres verdaderamente sorprendentes.

En este país, que en el último tercio del siglo xx todavía convierte en nobles a personajes como los Beatles con una segunda reina Isabel, con la primera, hace 4 siglos, ya otorgaban títulos de nobleza a uno que otro pirata del tipo de Sir Francis Drake. La etapa de la acumulación primitiva, proceso que en cierto modo todavía puede apreciarse libre y flagrante en países como México —bajo la corrupción y el predominio abusivo de los fuertes sobre los débiles que son propios del sistema y engendrados por él—, viene a ser una de tantas muestras de que la formación de capitales en los primeros tiempos, en periodos menos institucionalizados, menos legalizados, menos sancionados por cánones morales y por toda la superestructura social, legal, política y religiosa, es una etapa en la que “todo se vale”. La piratería, la guerra, el robo, el despojo, el peculado, el asesinato, el contrabando, el fraude, lo mismo que el “honrado” comercio y la “noble” usura, son modalidades que conducen a la formación y concentración de capitales y también a formas

iniciales de centralización. Pero como digo, el proceso de acumulación primitiva, con más o menos intensidad, se ha registrado por supuesto en todos los países y no en todos, ni mucho menos, se alcanzó el desarrollo. Debemos por lo tanto ahondar algo más en este asunto.

El proceso de desposesión de los campesinos, de liberación de fuerza de trabajo y de creación de proletarios; en una palabra, el proceso de destrucción del sistema feudal en Inglaterra es, desde cierto ángulo, un proceso que se inicia bastante antes que en la mayoría de los demás países. Hay revueltas campesinas en Inglaterra anteriores y más profundas en sus consecuencias que en países digamos como Rusia, Alemania, Austria, España o Italia. La sustitución del pago al señor feudal en trabajo o en especie por el pago en dinero y las transacciones de compra-venta de la tierra agrícola, en esta pequeña isla se generalizan con relativa rapidez.

Desde épocas remotas, desde los siglos XI y XII, van creándose condiciones por las cuales el poder indisputado, pero aislado, de los señores feudales, empieza a ceder ante los más fuertes. En el proceso de concentración del poder político en manos de un monarca y con el surgimiento de nuevos estratos sociales —los comerciantes por ejemplo—, desde más temprano los reyes se ven orillados a buscar su apoyo para consolidar su poder, a hacerles concesiones y a aceptar influencias que trascienden al ámbito político. Es decir, el poder de la corona llega primero a considerar y tomar en cuenta y después a encarnar mejor que en otros países y desde más pronto, las necesidades y los apetitos de la nueva clase de comerciantes y de las clases medias urbanas.³ El florecimiento de determinadas ciudades que sirven como centro del poder político y que a la vez estimulan el desarrollo de nuevos estamentos sociales y nuevas tendencias económicas, en la Gran Bretaña adquiere perfiles más firmes. A los nuevos estratos burgueses de comerciantes, artesanos y funcionarios se añaden otros de origen feudal; por ejemplo: “las investigaciones en la historia de las ciudades en expansión —ha escrito Hobson— muestran que en casi todos los casos los primeros capitalistas son representantes de las familias originalmente en posesión de los terrenos en los que el poblado se construyó.”⁴

Creadas ya las condiciones para enfrentarse al viejo orden social desde planos ideológicos, políticos y religiosos, la Reforma y el consiguiente enfrentamiento al Papado para eliminar la vieja y onerosa exacción hecha desde Roma de parte apreciable de la riqueza y del excedente económico inglés, es decir, la *nacionalización* de la Iglesia se presenta con más profundidad, prontitud y eficacia en Inglaterra que en otros países del Continente Europeo.

No se olvide que la concentración de riquezas por la Iglesia Católica

en todas partes era tan grande (algo menos si acaso que la que siglos después hubimos de conocer en México), y que las clases dominantes durante el medioevo se componían de la nobleza terrateniente y los jefes eclesiásticos. Pero nada de esto se logra sin lucha. Se producen entonces los incidentes recogidos de mil brillantes maneras por poetas y dramaturgos como Shakespeare o Ben Johnson y que reflejan la destrucción del viejo orden y el ascenso de una clase social que pretende y necesita además romper el marco institucional de la antigua sociedad, para abrirle paso a sus propias instituciones.

Por la trascendencia de la Reforma, no está por demás recordar, con el historiador Christopher Hill, que “A lo largo de la Edad Media y después, hasta el siglo xvii, la Iglesia era algo muy distinto a la que hoy conocemos... La Iglesia educaba a los niños; en las parroquias aldeanas—donde la mayoría del pueblo era analfabeta—, el sermón del pastor era la fuente principal de información sobre los diarios sucesos y problemas y la única orientación sobre el comportamiento económico. La parroquia misma constituía una importante unidad local del gobierno... La Iglesia controlaba los sentimientos y les señalaba qué deberían creer, a la vez que les proporcionaba entretenimiento y espectáculos. Tomaba el lugar de los servicios de noticias y propaganda que hoy cubren muchas instituciones con eficacia mayor: la prensa, la BBC, el cinema, el club y los demás. A ello se debe que los hombres tomaban notas en los sermones, y es la causa por la cual a menudo el gobierno señalaba a los predicadores exactamente qué deberían predicar”.

En otras palabras, podremos entender mejor la trascendencia de la fundación de las iglesias protestantes—Anglicana y Puritana—, independientes y contrarias a Roma, si no perdemos además de vista que con ellas, “los obispos y sacerdotes parecían, aún más que en la actualidad, simples empleados y funcionarios de la maquinaria administrativa gubernamental; los primeros en reconocer este hecho eran los eclesiásticos mismos.”⁵ El dominio de la Iglesia por parte del Estado nacional no sólo tenía grandes implicaciones políticas e ideológicas sino también económicas, siempre en beneficio de la burguesía antifeudal.

Del mismo modo, la revolución que lleva al poder, efímeramente, a Cromwell y con él a la puesta en marcha de numerosas reformas económicas y políticas, precede en casi ciento cincuenta años a la gran Revolución Francesa y muestra el camino que más tarde habría de llevar al patíbulo a Luis XVI, al aplicar el hacha del verdugo a Carlos I y junto con él a la formación socioeconómica previa. Estos hechos, descritos por muchos testigos presenciales de la época, historiadores y economistas conducen a la destrucción del viejo orden feudal y al advenimiento del capitalismo con su activado proceso de acumulación, proceso que no es

sino el anverso de una moneda en la cual el reverso es la también acelerada desposesión de sus medios productivos a muchos pequeños propietarios —rurales en primer lugar y artesanales de carácter urbano en segundo lugar—. Surgen así las llamadas condiciones clásicas del capitalismo, asunto del que pasaré a ocuparme en seguida.

Cabe recordar que todavía a mediados del siglo xvii se interponían numerosas y formidables barreras en el camino del capitalismo, que la Revolución Inglesa contribuyó a allanar, especialmente entre 1640 y 1660, con cambios en la estructura y la superestructura, algunos de ellos brutales, resumidos como sigue por el propio historiador Christopher Hill: ⁶

1) la conquista de Irlanda y la expropiación tanto de numerosos terratenientes como de campesinos irlandeses (“primer triunfo del imperia- lismo inglés y primera derrota de la democracia inglesa”), con lo cual se amplió el mercado de trabajo y se aceleró la formación de capitales en Inglaterra;

2) la conquista de Escocia, la cual quedó en consecuencia abierta a los negociantes ingleses, al mismo tiempo que impidió la restauración del antiguo orden al privarlo de aquel viejo reducto feudal;

3) la aplicación en la práctica del Acta de Navegación de 1651, “base de la prosperidad comercial de Inglaterra en el siglo siguiente”;

4) la creación de una poderosa armada complementaria y el control sobre Jamaica y Dunkerque;

5) la abolición de los derechos feudales sobre la tierra, lo que activó el proceso de expropiaciones y reestructuración agraria durante los siguientes 150 años;

6) la destrucción del ejército feudal (demolición de fortalezas, desar- me de los nobles y aplicación de fuertes impuestos sobre sus propiedades, lo cual llevó a muchos a la ruina), y

7) confiscación de tierras de la Iglesia y la corona y de muchos de los principales monarquistas.

Como lo señala el autor antes mencionado: “el periodo 1640-60 pre- senció la destrucción de un tipo de Estado y la adopción de una nueva estructura política, en la que el capitalismo pudo desarrollarse libre- mente...” La conclusión es absolutamente justa: “El orden social era nuevo y no hubiera sido posible sin la revolución.” ⁷

Pero no basta todavía con tener en mente transformaciones profundas como las ya mencionadas, para una cabal comprensión de los fenómenos acompañantes de la acumulación primitiva de capitales en Inglaterra.

El largo proceso histórico inglés condujo a que se cumplieran en esa nación estos otros requisitos, indispensables al tránsito de la etapa mercantil a la industrial: “[1] . . . la ruptura del localismo urbano y el debilitamiento del monopolio de las corporaciones artesanales —afirma Maurice Dobb en un excelente trabajo, por desgracia todavía poco conocido en México—, es una de las condiciones para el crecimiento de la producción capitalista, bien en la forma manufacturera, bien en la forma doméstica. [2] Pero de no menor importancia es una segunda condición: la necesidad del naciente capital industrial mismo de verse emancipado de los restrictivos monopolios en la esfera del comercio . . .”

“Quizá podría añadirse una tercera condición, continúa nuestro autor, que merece ser considerada junto con las otras dos, . . . [la] de que la inversión de capitales se viera favorecida y no obstruida en la agricultura, [lo cual] no sólo juega generalmente un importante papel en la creación de un proletariado rural, sino que también es un factor crucial en la creación de un mercado interno para los productos manufactureros, factor éste que por ejemplo, estuvo ausente en la mayor parte de Francia hasta la Revolución, debido tanto a las cargas feudales sobre la agricultura, como a las restricciones que obstaculizaban cualquier posibilidad de comercio con los productos del suelo entre las diversas localidades.”⁸

En el mismo tenor, prosigue Dobb, “el crecimiento de la banca y el aumento de los préstamos hechos por la corona y de la deuda estatal cuentan entre las más poderosas influencias que promovieron la acumulación burguesa.”⁹ Tampoco se debe olvidar la expansión del mercado exterior vinculada, entre otras cosas, al creciente colonialismo y a los avances del librecambismo, asuntos a los que más tarde volveremos. La conjugación de estos y otros hechos rindió sus frutos: de la acumulación primitiva se pasó a las modernas y formidables formas de acumulación acompañantes de la Revolución Industrial; de la producción aislada y rutinaria se llega a la fusión —y a la multiplicación— de unidades más eficientes, que revolucionan continuamente la tecnología e incrementan la productividad, compelidas a orientarse cada vez más hacia un mercado que se interrelaciona progresivamente a las escalas nacional, continental y mundial.

3. *Acerca de la Revolución Industrial*

La hegemonía del poder burgués que permite subordinar al nuevo orden a la producción artesanal, impulsar el comercio interior y exterior, el crédito y las finanzas, y desviar la producción agrícola hacia otros fines, en Inglaterra se manifiesta también de un modo singular. En nuestros días, por ejemplo, no pocos autores ponen el acento sobre el

papel que la oferta de productos agrícolas tiene que desempeñar para hacer posible el crecimiento económico de una manera acelerada, por cuanto a que el desarrollo mismo da lugar a cambios estructurales tan importantes como el crecimiento más que proporcional de la población urbana respecto a la total; y conlleva por lo tanto la necesidad de satisfacer los requerimientos de esta población, alejada ya definitivamente de la producción primaria, amén de la nueva demanda de materias primas agrícolas que surge con la industria e incluso algunas exportaciones de estos mismos productos.

En el caso de Inglaterra, la desposesión de los campesinos y su conversión en proletarios del campo, que comienzan a emigrar a las ciudades en expansión y a ocuparse en una producción manufacturera que crecía rápidamente, se presentaba envuelta en un proceso que, por un lado, incrementaba la demanda de bienes agrícolas para la industria; pero que, por otro lado, alteraba simultáneamente las formas de producción agropecuaria. Ésta podía aumentar de manera rápida y sustancial con el avance del capitalismo en la agricultura, y no sólo en tratándose de materias primas sino también de alimentos. La mayor productividad en algunos granos como el trigo y el maíz permitió que éstos mantuvieran su precio y aun se abarataran en vez de aumentar con la creciente demanda urbana, por virtud de que la oferta era todavía superior.

Este ingrediente, en el cual ponen hoy gran atención autores como Lange o Kalecki, es un hecho que también se presenta en mayor medida en la Gran Bretaña. La oferta de productos agrícolas pudo ser lo suficientemente elástica como para satisfacer los requerimientos de una población urbana cada vez mayor, así como los de una industria que en aquellas etapas, como se recordará, tiene singular importancia en los segmentos que descansan principalmente en la utilización de materias primas de origen agrícola. Como afirma el economista Paul Bairoch: "El periodo que se considera que precedió a los comienzos de la «revolución industrial» se halla, pues, marcado por un aumento muy grande de las disponibilidades agrícolas."¹⁰ Más aún: todavía hasta el periodo 1811-1830 el 97% del trigo consumido en la Gran Bretaña era producido internamente; la proporción se mantuvo por arriba del 60% hasta 1861-70 y las exportaciones de éste, otros granos y las harinas respectivas superaron a las importaciones hasta 1769 o 1770.¹¹

El ejemplo clásico de los cambios que van operándose en el sistema y las nuevas formas de división del trabajo que acompañan el proceso de desarrollo del capitalismo manufacturero, es la industria textil, la que en sus primeros tiempos descansa de modo fundamental en la producción primaria que se obtiene dentro de la propia isla; es decir, hasta los siglos XVII, casi todo el XVIII e incluso parte del XIX, no es principal-

mente la producción de otras partes del mundo la que abastece a las factorías inglesas; es la producción arrancada al propio suelo británico la que permite el impulso inicial de aquella industria. Como se ha dicho, la penetración del capitalismo en la agricultura la favorecía asimismo en la industria (y viceversa). El eficaz agente catalizador en esa larga etapa era el comercio. Y tanto la oferta de bienes de consumo como la de bienes intermedios y de capital, proporcionaban sólidos cimientos a la expansión del mercado nacional que, por lo demás, absorbía las porciones crecientes del planeta que se veían sometidas por la fuerza al coloniaje inglés.

En alguno de sus trabajos, me parece que en la *Miseria de la Filosofía*, el viejo Marx señala que la más fundamental de las divisiones de trabajo que se registran en la historia de la sociedad es la que resulta de la división entre el campo y las ciudades, la que a su vez determina el divorcio entre uno y otras. No se pondrá suficiente énfasis sobre esa cuestión. Aun en el caso de México, por ejemplo, a mí no me cabe duda que en las últimas décadas, uno de los factores que permite conservar cierto dinamismo en la economía, pese a su crecimiento deformado —tan distante de las revoluciones industriales clásicas—, es el crecimiento de la población urbana de manera más que proporcional a la total, con todos los cambios a que esto da lugar en la estructura y tendencias del mercado interno. En el caso de Inglaterra, el crecimiento demográfico y en particular el proceso industrial-urbanizador se presentó también como en pocos países a lo largo del siglo XVIII, y sobre todo en la primera mitad del siglo XIX. Las preocupaciones de Malthus y muchos de sus contemporáneos en gran medida están ligadas a este hecho. Hay datos que no dejan de ser impresionantes, aun en esta era de la “explosión demográfica” en México y en el llamado Tercer Mundo. Todavía en 1800, por ejemplo, se calcula que Londres era una ciudad de menos de un millón de habitantes y 50 años después tenía bastante más de 2 millones y medio de habitantes, y Londres no era por cierto la única urbe que experimentaba enorme crecimiento; con la expansión que acompaña a la Revolución Industrial crecen y florecen ciudades como Liverpool, Manchester, Birmingham, Glasgow, Newcastle o Leeds.

Naturalmente, el desarrollo del capitalismo: acumulación de capitales, creciente división del trabajo, aglomeración urbana, desposesión de un gran número de pequeños propietarios rurales y urbanos, etcétera, es un proceso que tiene muchas otras manifestaciones, y su influencia se extiende mucho más allá de las fronteras de una pequeña isla del norte de Europa. En los fenómenos sociales y económicos, y en particular en los que tienen que ver con la problemática del desarrollo, debemos acostumbrarnos todos a entender que se trata siempre de hechos complejos,

interrelacionados, contradictorios, dialécticos: un fenómeno no puede aislarse mecánicamente de los demás so pena de acabar por no entenderlo del todo. En el ejemplo inglés, en aspectos tan vitales como los referidos, al tratar de descubrir los motores básicos de su desarrollo, esta sentencia tiene que tomarse particularmente en cuenta; y hay ciertos problemas que no pueden dejar de mencionarse, así sea de paso.

No obstante la pequeñez del territorio británico hay, por supuesto, diferencias regionales; su crecimiento dista de ser homogéneo. El desarrollo del capitalismo, ayer, hoy y siempre, es un desarrollo desigual, a la escala del mundo y a la escala de cada país, de cada sector de la economía y de cada rama de ese sector. Hay factores que así lo determinan, sobre todo los relacionados con la acción de la ley del valor. Pero también influyen diversos hechos históricos. En algunas ciudades como Liverpool, el proceso de acumulación primitiva de capitales tuvo mucho que ver con el tráfico de esclavos. Hay datos que muestran, por ejemplo, que en unos 50 años que van de las postrimerías del siglo XVIII al primer tercio del siglo XIX se movieron alrededor de 15 millones de esclavos negros de África a otras regiones del mundo; y hay quienes incluso señalan que por lo menos otro tanto más pereció en las travesías, víctima de enfermedades, hambre, extenuación y maltratos. Liverpool fue el principal centro de ese tráfico de esclavos en la época a que me refiero y la flota de los mercaderes de esclavos era una flota floreciente. Sobre este particular, Marx recoge los siguientes datos: en 1730, 15 barcos de este puerto se destinaban al tráfico de esclavos, total que se elevó a 53 en 1751, 74 en 1760, 96 en 1770 y 132 en 1792.¹²

Incidentalmente, podríamos recordar que si las innovaciones acompañantes de la Revolución Industrial estuvieron presentes en la agricultura y en la industria, también lo estuvieron en la navegación y en las comunicaciones; del tráfico primitivo de esclavos que se hacía en barcos de vela se llegó naturalmente al tráfico más "civilizado" en barcos de vapor (hoy probablemente se manden descendientes de esos negros en jets ultramodernos a perder la vida en algunas selvas ignotas, allá en el sureste de Asia, en Vietnam).

Lo esencial, sin embargo, para nosotros, es entender que un determinado hecho concreto que se encuentra en Liverpool no se presenta por ejemplo en Londres, por lo menos con igual intensidad, ni se registra en Glasgow, Birmingham o Edimburgo. Empero, es precisamente esa acumulación primitiva la que de un modo u otro va creando condiciones para que el imperio del capital se extienda, se ramifique y se profundice por todos los ámbitos de la economía. Cuando las condiciones están maduras para la expansión del sistema cuaja entonces la Revolución Industrial, etapa de la que arranca la apreciación que sigue de Joseph

Schumpeter: “Los progresos típicos de la producción capitalista, son los paños baratos, los tejidos de algodón. . . etcétera, etcétera, baratos, y no aquellas mejoras que pudieran significar mucho para el rico. La reina Isabel tenía medias de seda, y el progreso capitalista no consiste en producir medias de seda para las reinas, sino en ponerlas al alcance de la masa obrera a cambio de cantidades de esfuerzos en constante disminución.”¹³

4. *Inversión y mejoramiento tecnológico*

Algunos economistas como Dobb subrayan tres aspectos que de una manera decisiva determinan el proceso de desarrollo, visto así: en perspectiva histórica. Se refieren al papel de la división del trabajo, cuya influencia va mucho más allá de los simples aspectos organizativos de la cuestión; subrayan el papel de la acumulación de capitales y subrayan asimismo el papel del avance tecnológico.¹⁴ Algunos pretenden —y esto excluye a ciertos de los economistas clásicos, como el propio Adam Smith— que el desarrollo tecnológico es independiente de los otros dos, pero aparte de que puede observarse sin dificultad que los tres son factores interrelacionados, lo que parece indudable es que la Revolución Industrial inglesa corrobora de una manera tajante que el desarrollo tecnológico y la acumulación de capitales son categorías indisolublemente ligadas entre sí. Aunque hubo inventos y avances importantes para la humanidad en otras épocas, es precisamente la existencia de las condiciones que permiten la aceleración del proceso de formación de capitales, como hemos visto, la que hace posible que ciertas aplicaciones de viejos descubrimientos, así como los nuevos inventos, se generalicen al aplicarse por la vía de la inversión de capitales, esto es, por la vía de incrementar los activos fijos que ensanchan la capacidad de producción e impulsan las fuerzas productivas. Dicho en términos en boga: la variable independiente es la formación de capitales y la dependiente es la tecnología (que se aplica con las nuevas inversiones).

En Inglaterra, como decíamos, el proceso histórico que llamamos Revolución Industrial se inicia ligado sobre todo a la industria textil, y empieza por la adopción de nuevas formas de lanzaderas y de husos, continúa con la aplicación de distintos otros implementos y, lo que interesa sobre todo subrayar, es que la demanda de capitales para inversión y el desarrollo de nuevas actividades, con la aplicación de nuevas fórmulas de división de trabajo y una diferente composición orgánica del capital (hechos a que orilla la competencia entre los capitalistas y la necesidad de mantener a un buen número de desocupados y subocupados: el “ejército industrial de reserva” de Marx, indispen-

sable para mantener bajos los salarios y “disciplinados” a los trabajadores), a su vez crean condiciones favorables al desarrollo general; y se vuelve no sólo conveniente sino necesaria e incluso indispensable la aplicación de nuevos sistemas y de nuevos métodos en otras esferas, complementarias de las que originalmente reciben el impacto de la nueva inversión y la nueva tecnología. La espiral innovadora tiene un núcleo inicial, que las más favorables condiciones socioeconómicas para el desarrollo del capitalismo, engendradas en la larga etapa anterior, hacen posible cuando se acumulan los medios necesarios. Así, por lo menos, puede apreciarse en el ejemplo de la Revolución Industrial inglesa.

Riazanof, el historiador soviético, ha sintetizado así las invenciones que condujeron de la manufactura a la maquinafutura en la industria textil inglesa: “En 1733, John Kay (que florece allá por los años de 1733 a 1764) patenta su lanzadera, que, gracias a un mecanismo especial, sólo requeriría una mano para los movimientos de avance y retroceso. La primera etapa en la evolución del hilado mecánico se halla representada por el invento de Lewis Paul (muerto en 1759), patentado en 1738 y conseguido con la ayuda de John Wyatt (1700-1766). De esta máquina se decía que era capaz de “hilar sin dedos”. . . James Hargreaves (muerto en 1778), tejedor y carpintero, inventa en 1767 la máquina de hilar empleada en las manufacturas de algodón. Richard Arkwright (1732-1792) construye en 1767 su célebre bastidor, cuyo mérito principal consistía en estar provisto de la urdimbre de que carecía el invento de Hargreaves. Samuel Crompton (1753-1827), labriego y tejedor, dedica cinco años a la invención de su huso mecánico, aparato que precede a los descubiertos por Hargreaves y Arkwright para hilar la hebra más fina conocida. El telar mecánico fue inventado en 1785 por Edmund Cartwright (1743-1823), pero no llegó a popularizarse hasta algunos años más tarde, gracias al industrial algodonero John Horrocks (1768-1804). Allá por la tercera y cuarta década del siglo XIX, el telar mecánico había suplantado en la industria textil a los anticuados métodos manuales.” En forma semejante se registran grandes innovaciones en otras ramas de la industria, en la agricultura, la ganadería, la minería y las demás actividades productivas.¹⁵

No se trataba, por así decirlo, de invenciones competitivas, sino de invenciones que las más de las veces eran complementarias: de un segmento de la industria textil a otro segmento y a otro más de la propia industria. Así, la diversificación de la economía y sus niveles de integración podían ser cada vez mayores. Y una vez desencadenado este proceso, como vimos, la creciente productividad en la industria determina una creciente demanda de los productos agrícolas que sirven

de materia prima; se perfeccionan por lo tanto los métodos de cultivo y de producción de la lana, el algodón y otras fibras; esto demanda a su vez nuevos bienes de capital, mejores medios de transporte y la aplicación de fórmulas organizativas más evolucionadas para la producción, tanto en el caso de viejos bienes o la renovación de viejos servicios, como en el de la producción de los nuevos bienes de capital y el impulso a los nuevos servicios; a su turno, el mejoramiento en los transportes, las comunicaciones, el almacenamiento, el crédito y demás influyen sobre las condiciones de la oferta y la demanda de productos agrícolas y de productos industriales, etcétera, de manera que se aplican nuevas mejoras en la esfera de la tecnología que van abarcando sectores cada vez más amplios de la economía nacional.

Piénsese tan sólo en lo que ha significado el impacto de los transportes y comunicaciones modernos para el desarrollo, en su doble papel de efecto y una de las condiciones del mismo. El traslado de bienes, personas y noticias que aun en la etapa mercantilista del capitalismo reclamaba días, semanas o meses se logra después en pocos minutos, horas o días. De los veleros capaces de movilizar 300 o a lo más 500 toneladas, se llega a los actuales barcos con capacidades de decenas e incluso centenares de miles de toneladas; de la carreta y la diligencia se pasa rápidamente al ferrocarril, etcétera. A la escala del mundo, de acuerdo con ciertas conocidas estimaciones noruegas, de una flota con un tonelaje total de 5.3 millones de toneladas en 1821, de las cuales sólo el 0.2% eran de vapor, se llega a 31.5 millones en 1914, en su inmensa mayoría mecanizadas; de 7 700 kilómetros de vías de ferrocarril —angostas, ligeras y de pequeña capacidad— en 1840, se llega a 1 100 000 en 1913, y con mejores especificaciones, etcétera.¹⁶

Para no perder de vista nuestro tema central, vale la pena recordar algunas apreciaciones de el conocido matrimonio de historiadores ingleses, J. L. y Bárbara Hammond, quienes apuntan que la primera revolución en los transportes de Inglaterra se efectúa durante el siglo xvii y consiste en el diseño y construcción de mejores caminos (hecho en el que se distinguen tres grandes ingenieros: Metcalfé, Telford y Macadam); las consecuencias de dicha revolución para el desarrollo agrícola y de la industria textil fueron formidables. La segunda revolución, todavía antes del ferrocarril y en el propio siglo xviii, es la construcción de importantes canales fluviales; y la tercera es la expansión del ferrocarril en el siglo xix. Nuestros autores concluyen su examen de la importancia de este segmento de la infraestructura, como sigue: "Así, la revolución textil se efectuó en la edad de los canales. El cambio más directamente alentado en Inglaterra por los ferrocarriles fue el desarrollo de la ingeniería y el uso de máquinas para hacer

máquinas. Los ferrocarriles convirtieron a Alemania en un pueblo industrial, al resolver con más eficacia que los canales el problema del transporte interno, pero en lo que a Inglaterra se refiere, el ferrocarril cae en el segundo capítulo y no en el primero de la Revolución Industrial.”¹⁷

Ante la maraña compleja de los hechos sociales de la historia, detectar, aislar, analizar y llevar a planos teóricos las fuerzas determinantes de la orientación general, requiere una gran capacidad científica, a la par que un profundo y detallado conocimiento de los hechos. Por esto Marx es siempre admirable. Veamos esta generalización hecha por él hace más de 100 años: “La revolución operada en los métodos de producción industrial y agrícola obligaba a revolucionar también las condiciones generales del progreso social de la producción, esto es, los medios de comunicación y transporte. En una sociedad cuyas columnas (para emplear la expresión de Fourier) eran, primero, la agricultura en pequeña escala, con sus industrias domésticas derivadas, y segundo, al artesanado urbano, los medios de transporte y comunicación tenían que resultar prácticamente inadecuados para las exigencias del periodo manufacturero, con su amplia división del trabajo social, su concentración de los instrumentos de trabajo y de los obreros y sus mercados coloniales. Por eso, los transportes y las comunicaciones tenían que ser, como de hecho lo fueron, revolucionados. Y a su vez, los medios de transporte y comunicación legados por el periodo manufacturero al de la gran industria no tardaron en revelarse como trabas intolerables para el nuevo régimen industrial, con su ritmo febril de producción, sus vastas gradaciones, su constante trasiego de capitales y trabajo de una a otra esfera de producción y las nuevas proporciones del mercado mundial...”¹⁸

Hay, sin embargo, un asunto al que debo llamar la atención. El proceso innovador de la tecnología en las actividades secundarias y terciarias es de tal modo espectacular, y son ostensibles como manifestaciones centrales del desarrollo la industrialización y la eclosión urbana, que a veces se pierde de vista que la Revolución Industrial no hubiera sido posible sin la previa revolución agraria y agrícola en Inglaterra, cuyas consecuencias socioeconómicas más importantes ya vimos. Y al desencadenarse el desarrollo industrial, y al crecer y perfeccionarse los servicios de infraestructura, a la vez se facilitó la elevación de la productividad agrícola, con lo que el proceso de transferencia de fuerza de trabajo de las actividades primarias a las secundarias y terciarias —y del campo a las ciudades— recibió un fuerte impulso adicional.

En fin, a partir del proceso inicial de expansión de las fuerzas productivas durante la larga etapa de la manufactura, que descansa esen-

cialmente en la posibilidad de alterar las formas de división del trabajo, se va cayendo cada vez más en un nuevo proceso en el que lo fundamental viene a ser la aplicación de capitales con una tecnología más y más perfeccionada, tanto por el Estado, que en la época mercantilista interviene con todo su poder político, militar y económico en favor de la "iniciativa privada", como, por encima de todo, por el creciente número de capitalistas particulares. En Inglaterra, la Revolución Industrial se generaliza e incluso da lugar a mitos como el de la llamada ley del liberal Juan Bautista Say, sobre la pretendida aparición de una demanda automática para cada nueva oferta, que no es sino la forma ilusoria y superficial con la cual se presenta ante los espectadores el fenómeno de una acelerada expansión. Pero la aplicación de nuevos métodos organizativos y de nuevas técnicas revoluciona la base misma de la sociedad: las relaciones sociales de producción; y con ello, el papel que han de jugar tanto los capitalistas como los obreros proletarizados. Quizá lo más importante es que los métodos de organización social y los medios de producción aplicados, la tecnología utilizada, en una palabra, no puede considerarse ya como las estaciones terminales sino como simples puntos de apoyo en un movimiento incesante, un cambio perpetuo que se vuelve ahora indispensable.

Nunca más claramente que durante las décadas de la llamada Revolución Industrial en Inglaterra, antes que la monopolización de la economía alterara algunas manifestaciones del fenómeno, ha podido advertirse que las formas técnicas del proceso productivo, sobre todo en la industria, al influjo de la competencia intercapitalista, en ningún momento pueden considerarse como definitivas y que están por lo tanto revolucionándose continuamente. La máquina de vapor primero y la electricidad después se entronizan, junto con el desarrollo de la química, la física, la biología, etcétera, como las fuerzas que han de transformarlo todo. Como lo apunta Marx en un pasaje magistral: "Para la industria moderna, la forma de un proceso de producción, no es nunca definitiva. Por eso sus bases técnicas son revolucionarias, mientras que el fundamento técnico de todos los antiguos métodos de producción era esencialmente conservador. Por medio de la máquina, los procedimientos químicos y demás medios de que dispone, la industria moderna, al cambiar la base técnica de la producción, cambia las funciones de los trabajadores y el régimen social de los procedimientos de trabajo." ¹⁹

5. *Algunas enseñanzas pertinentes*

Lo anterior es algo que viene a distinguir al nuevo régimen de producción de todos los anteriores. En las anteriores formaciones socio-económicas el modo de producción llegaba a enquistarse de tal manera que podía conservarse durante generaciones, con escaso perfeccionamiento y con mucho margen para la rutina. La producción artesanal podía, por así decirlo, darse ese lujo; más aún: requería de esa inmovilidad. Pero la producción capitalista en su etapa industrial, una vez rebasada la mercantilista más simple, impulsada por las fuerzas vistas ya no podía desarrollarse sino en función de cambios tecnológicos constantes. Por ello debo reiterarlo: el ejemplo de Inglaterra es clásico sobre esta función de la tecnología en el desarrollo, sus interrelaciones con la acumulación de capitales y con los problemas de la división social del trabajo.

Y así sea de paso, habría que poner énfasis en que este complejo proceso consolida la independencia económica y política de dicho país y le permite proyectarse, hegemonícamente, hacia el exterior, entre otras razones, porque Inglaterra y otras potencias industriales e imperialistas “que iniciaron su desarrollo a mediados del siglo XIX, basaron el equipo de sus industrias sobre máquinas e instrumentos producidos localmente en su gran mayoría”.²⁰ Si la Gran Bretaña se abre paso a la sociedad moderna, ocupando en estos siglos últimos un sitio prominente, es claro que también, como anticipé en algún momento de estas apresuradas notas, la influencia del nuevo sistema, que irradia desde aquella isla, llega a todos los rincones del mundo. De esto me ocuparé un poco más adelante.

El capitalismo inglés pudo descansar, decíamos, sobre un proceso de acumulación de capitales singularmente eficiente. Habría mucho que hablar sobre las virtudes supuestas o reales de la austeridad de los capitalistas ingleses. No pocos autores recogen datos, anecdóticos si se quiere, sobre las formas de conducta más generalizadas entre los empresarios, en general pequeños capitalistas, de la época que precedió a la Revolución Industrial, que podrían hacerlos aparecer como verdaderos franciscanos al lado de los capitalistas criollos de todas las épocas de la historia mexicana. Podría hablarse mucho, digo, sobre estos aspectos de la cuestión; pero me limitaré a unos cuantos puntos. Hay observaciones muy interesantes; por ejemplo, en una cita que hace Marx del libro del doctor Aikin, *Descripción de los alrededores de Manchester*, se lee lo que sigue: “«Casi puede asegurarse que antes de 1690 existían pocos o ningún capital de 3,000 a 4,000 libras esterlinas ad-

quiridos en la industria. Pero, por ese tiempo o algo después, los industriales habían acumulado ya dinero y comenzaron a construir casas de piedra, en sustitución de las de madera y cal. . . Todavía en los primeros decenios del siglo XVIII, el fabricante de Manchester que obsequiase a sus huéspedes con una pinta de vino extranjero se exponía a las murmuraciones y a los reproches de todos los vecinos». Antes de la aparición de la maquinaria, el consumo diario de los fabricantes, en las tabernas en que se reunían por las noches, no excedía nunca de 6 peniques por un vaso de *punch* y 1 penique por un rollo de tabaco. Hasta 1758, año que hace época, no arrastra, «coche propio ni una sola persona realmente dedicada a la industria». ”²¹

Vale la pena hacer una pequeña disquisición. Yo creo que cualquier disco les deja a los ya mencionados Beatles (sin olvidar a Manzanero o Raphael), mucho más de las cuatro mil libras que hacían ya un buen capital en la industria de los primeros tiempos, dato que nos puede servir de referencia más o menos actual. ¿Y qué decir de las casas de los nuevos ricos ingleses? Como puede apreciarse, estaban lejos de ser como las conocemos en nuestras Lomas de Chapultepec y los numerosos barrios residenciales de todas las grandes ciudades y centros de “veraneo” de México, en esta etapa de “industrialización nacional” En cuanto al consumo “suntuario” de aquellos constructores iniciales del capitalismo industrial, baste decir que gastar un penique sería algo así como “derrochar” un “claco” en el México de la misma época, o unos cuantos pesos en la actual (se recordará que una libra tiene 240 peniques). El dato de que ningún industrial “arrastraba coche propio” es no menos revelador, a la vista de los hechos presentes del mundo subdesarrollado, cuyas grandes ciudades están cada vez más congestionadas con automóviles *importados* por los ricos.

Como puede apreciarse, hay mucho de cierto en la frugalidad de los empresarios exaltada por los Adam Smith y muchos otros ideólogos del desarrollo del capitalismo; y es obvio que no podemos encontrar parangón alguno en nuestro propio país en ninguna etapa, ni siquiera en ésta proclamada como la del “Desarrollo-Con-Justicia-Social”.

¿Y qué lecciones se desprenden de todo esto, que tengan vigencia para nosotros? Son muchas sin duda, y las más importantes tendrán que ser objeto de atención a lo largo de las siguientes cuartillas. Pero quizá las principales podrían ser:

1) que las condiciones históricas en aquella etapa y en aquel país “clásico” son totalmente diferentes de las nuestras;

2) que es falso, por lo tanto, que el subdesarrollo sea una simple

fase ya superada por las naciones industriales, cuyo marco estructural como puede apreciarse sin dificultad, era distinto por completo del nuestro;

3) que la Revolución Industrial fue posible por un conjunto de condiciones que pueden identificarse con las grandes transformaciones previas o simultáneas, logradas con esfuerzos y grandes luchas sociales: en la tenencia de la tierra, el comercio, la tecnología, la legislación, el poder político y las ideas religiosas, filosóficas y sociales;

4) que el resorte básico del desarrollo es la acumulación de capitales, vinculada íntimamente con el avance tecnológico y nuevas relaciones sociales basadas en la formación de un proletariado y de una poderosa clase capitalista;

5) que la condición *sine qua non* de la Revolución Industrial fue la revolución agrícola previa;

6) que el capitalismo mercantil hubo de ceder el paso al industrial, cuando fue incapaz de servir de marco al avance de las fuerzas productivas y cuando las ondas renovadoras de la sociedad inglesa requirieron de un espacio mayor;

7) que el excedente creado por la sociedad, a virtud de los hábitos surgidos de la creciente competencia y las nuevas condiciones socio-económicas, tuvo una formidable expansión, al mismo tiempo que el uso y la composición de dicho excedente variaron de manera fundamental, entre otras cosas, porque disminuyó el despilfarro de las clases dominantes de las formaciones sociales previas, e incluso la nueva burguesía entró a la palestra histórica dando muestras de indudable austeridad;

8) que el proceso de crecimiento de las fuerzas productivas y el desarrollo de la sociedad consolidaba la independencia de Inglaterra, en vez de crear nuevos y más fuertes lazos de subordinación; etcétera.

6. Colonialismo y monopolios

Nada de lo anterior puede hacernos perder de vista que sí pudo existir, en alguna notable medida, la tal austeridad, la tal frugalidad de los nuevos burgueses —sobre todo los industriales de Inglaterra—, lo que en cambio ellos jamás trataron siquiera de ostentar fue ni compasión, ni piedad, ni parquedad para explotar a su propio pueblo y sobre todo a otros pueblos. Más bien encontraron siempre justifican-

tes teóricos y morales para las situaciones sociales creadas por estos avances.

Conviene repetirlo: no sólo se dieron condiciones dentro de la isla por las que la oferta agrícola y otras condiciones jugaron el papel que he tratado de subrayar, sino que Inglaterra contó también con un mercado externo creciente que se añadía al también creciente mercado interno —concebido en uno y otro caso su carácter de todo complejo, que explicó Fernando Paz Sánchez en un estudio anterior—, ²² que aumentaba sin cesar, no obstante la explotación despiadada de los trabajadores ingleses, debido a los cambios demográficos, el crecimiento urbano, el dinamismo de la acumulación de capitales y la innovación tecnológica, así como la expansión de la infraestructura. De manera particular, el desarrollo de los mercados externos descansaba en gran medida en la expansión colonialista, que en los siglos xvii al xx llega a extremos verdaderamente increíbles. El escritor humorista español Julio Camba, en uno de sus libros (el intitulado *Londres*), señala que después de la Primera Guerra, los ingleses, no contentos con haber conquistado ya la tierra, se disponían a conquistar el reino de los cielos y para ello habían creado el *Salvation Army*, adoptado también, y no de modo casual, por los norteamericanos.

Algo hay de esto y, desde luego, la expansión colonialista inglesa llega a su mayor penetración en Asia y en África, aunque también, en alguna medida, en América del Norte y en las Antillas. Se vuelve casi una tentación buscar más directamente los nexos entre el desarrollo inglés y el norteamericano, que no es por supuesto el objeto de estas notas. Pero lo que no puedo dejar de subrayar es que gran parte de la explotación del imperio de América, con los españoles como actores en apariencia principales, lo sabemos todos, fue un hecho histórico en el que los ibéricos jugaron principalmente el papel de testaferros de la acumulación de capitales que se producen fundamentalmente en Inglaterra y otros países, por medio de un comercio supuestamente libre, con el resultado, entre otras cosas, de que España quedó asimismo condenada al subdesarrollo.

No están desvinculados del florecimiento, a la escala del mundo, del capitalismo, en las alas de las banderas de Inglaterra, fenómenos tales como la independencia de nuestras naciones respecto de España, como lo ha subrayado ya por ejemplo José Carlos Mariátegui. ²³ Es decir, no es al margen de estas circunstancias de la expansión del sistema capitalista inglés por el mundo que se presentan los fenómenos que habrían de cerrar, de un modo contundente y definitivo bajo el sistema en que vivimos, los lazos de subdesarrollo en nuestros países latinoamericanos y de la mayoría del mundo.

A manera de recapitulación, podríamos recordar algunos datos sobre el tremendo crecimiento de las fuerzas productivas de Inglaterra como resultado de la Revolución Industrial. Por ejemplo, de acuerdo con cifras recopiladas por el economista Paul Bairoch, los rendimientos trigueros aumentaron de 8.5 *bushels* por acre en el año 1450 y todavía 11 *bushels* en 1650, a 15 en 1750, 20 en 1800 y 26 en 1850;²⁴ los insumos de lana de la industria inglesa subieron de 40 millones de libras en 1695 a 85 millones en 1772, 102 millones en 1805 y 410 millones en 1860, en tanto que los de algodón crecían de 3 millones de libras en 1741 a 60 millones en 1805 y 950 millones en 1860;²⁵ la producción de hulla se incrementó de 170 mil toneladas cortas en 1550-1560, a 2.5 millones en 1680-1690, 5.0 millones en 1780, 44.0 millones en 1850 y 129.0 millones en 1880, y la de hierro en bruto de 20 o 26 mil toneladas en 1760 a 235 mil en 1806, 1.2 millones en 1840 y casi 6 millones en 1870.²⁶

Entretanto, la población evolucionó como sigue: 5.8 millones de habitantes en 1670, 6.7 millones en 1760, 12.0 millones en 1820 y 17.9 millones en 1850.²⁷ El ingreso nacional subió de 48 millones de libras esterlinas en 1690, a 130 millones en 1770, 405 millones en 1812 y 938 millones en 1860;²⁸ el comercio exterior modificó su composición radicalmente; la infraestructura, la banca y los servicios registraron una considerable expansión; mientras que la población ocupada en la agricultura descendía del 75% del total en 1688, al 35% en 1811 y el 14% en 1871, al mismo tiempo que la ocupada en la industria y el comercio ascendía del 15% en 1688 al 55% en 1871 y en las demás actividades del 10% al 31% en los mismos años.²⁹ Los asalariados en general, y el proletariado en particular, llegaron a constituirse en el principal segmento de la población.

En el florecimiento de las fuerzas productivas de la sociedad inglesa, la condición decisiva fue la expansión del sistema colonial: “El sistema colonial maduró, como si fuera un invernadero, el comercio y la navegación —escribió Marx—... Los tesoros capturados fuera de Europa por medio del desembozado pillaje, la esclavitud y el asesinato, fluyeron hacia la madre patria donde fueron convertidos en capital.³⁰ En particular, el saqueo de la India, país que contaba por cuatro quintas partes de la población total del imperio británico en el momento de su mayor apogeo, se convirtió en el fulminante de la propia Revolución Industrial. En las palabras del historiador norteamericano Brooks Adams, quien refiriéndose a las grandes invenciones del siglo XVIII, recordaba lo siguiente: “. . . aunque todas estas máquinas sirvieron como dispositivos para acelerar el movimiento de la época, ellas no fueron causa de esa aceleración. Consideradas por sí mismas las inven-

ciones son pasivas; muchas de las más importantes permanecieron dormidas durante siglos, en espera de la acumulación de una suficiente fuerza almacenada para ponerlas a trabajar. Dicha fuerza debe tomar siempre la forma de dinero, pero de dinero no atesorado sino en movimiento. Antes del influjo del tesoro hindú y de la expansión del crédito a que éste dio lugar, no había fuerza suficiente para ese propósito, y si Watt hubiera vivido 50 años antes, él y su invento hubieran perecido juntos".³¹

El desgarrador impacto de la expansión capitalista inglesa sobre la India queda bien reflejado en esta apreciación de Marx: "Inglaterra ha echado abajo el marco general de la sociedad de la India, sin que haya aparecido todavía ningún síntoma de reconstrucción. Esta pérdida del mundo antiguo sin ganar uno nuevo, imparte un tipo especial de melancolía a la presente miseria de los hindúes y, bajo la dominación de los británicos, separa el Indostán de todas sus viejas tradiciones y de toda su historia pasada."³² No menos desgarrador ha sido el impacto de la dominación extranjera en todos los países del mundo subdesarrollado y dependiente que hoy batalla por su definitiva reconstrucción social.

El proceso es bien conocido. En la época mercantilista se impuso sobre la India, como sobre otras colonias del vasto imperio inglés, un monopolio brutal; el saqueo era directo, en la forma de tributos fiscales, despojo de propiedades, manipulación con las exportaciones, las importaciones y los metales preciosos, enriquecimiento de los funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales, etcétera. Con la Revolución Industrial lo que se hizo fue imponer el librecambismo y convertir a la India, en nombre del progreso y la más racional división internacional del trabajo, en exportador permanente y en gran escala de materias primas para la industria inglesa e importador de los productos manufacturados por la metrópoli, a la vez que en receptor de capitales y de colonizadores británicos que se adueñaban de plantaciones, minas, comercios y bancos e introducían los ferrocarriles y otros servicios básicos, siempre en función de sus necesidades de expansión y control.

Afirma Palme Dutt: "Este proceso se lleva principalmente a cabo a través de la primera mitad del siglo XIX, aunque sus efectos continuaron operando a lo largo de todo este siglo e incluso en el siglo XX. Por ejemplo, entre 1814 y 1835 las exportaciones de tejidos de algodón inglés a la India aumentaron de 1 a 51 millones de yardas, en tanto que las importaciones británicas de tejidos hindúes (que en la época mercantilista cobraron gran importancia y gozaban de amplio prestigio por su alta calidad y bajo precio), descendieron de 1.250,000 piezas

a 63,000 en 1844, al mismo tiempo que la India se convertía principalmente en exportadora de algodón, yute, lino, té, lana e incluso arroz y otros productos alimenticios, precisamente en la época en que, por esta razón, se multiplicaron las hambrunas causantes, entre 1851 y 1875, conforme a cálculos británicos oficiales, de más de 20 millones de muertes.³³

Conviene reiterarlo: no fue muy distinto el proceso histórico de la América Latina y de todo el actual llamado Tercer Mundo, e incluso hubo extremos peores de saqueo y explotación. El coloniaje directo fue el principal instrumento de la expansión mercantilista y el libre-cambismo lo fue del capitalismo "competitivo". Los destinos del mundo atrasado y dependiente, entre los siglos xvi y xviii comenzaron a ser encadenados a los centros del poder imperial, con Inglaterra a la cabeza, y en los siglos xix y xx se agudizó la sujeción. De 1850 a 1880 las inversiones británicas de capital en el exterior subieron de 200 a 1,000 millones de libras esterlinas (y a 2,000 en 1905 y 4,000 en 1913). Conforme a las estimaciones de Sir Robert Giffen, las utilidades inglesas por sus inversiones extranjeras directas eran ya de 90 millones de libras esterlinas en 1899 y subieron a 176 millones en 1912 y 250 millones en 1929.³⁴ Esta es la senda que recorren también, más o menos al mismo tiempo, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo xix, Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Japón, otros países y, sobre todo, los Estados Unidos.

Paralelamente, los fermentos revolucionarios del proletariado inglés fueron poco a poco sepultados por las olas de prosperidad en la metrópoli isleña. En una carta de Marx dirigida a Engels el 8 de octubre de 1858, a propósito de la expansión colonialista, planteaba lo que sigue: "No podemos negar que la sociedad burguesa está viviendo por segunda vez su siglo xvi . . . La tarea especial de la sociedad burguesa es la de establecer a cualquier precio el mercado mundial en sus líneas principales y, sobre esta base, de la producción. Puesto que el mundo es redondo, parece que se ha concluido ese proceso con la colonización de California y Australia y la apertura de China y Japón. La cuestión más importante para nosotros es: en el Continente [Europeo] la revolución es inminente, y tomará desde el principio un carácter socialista. ¿Pero, no será aplastada inevitablemente en esta pequeña esquina del globo, puesto que el movimiento de la sociedad burguesa es aún ascendente en una zona bastante mayor?"³⁵ Esto es precisamente lo que aconteció.

Como sabemos, el periodo de expansión de la manufactura y en particular durante la Revolución Industrial, la explotación de la fuerza de trabajo inglesa llegó a sus peores extremos: jornadas de 15, 16

y más horas diarias de trabajo tanto para los adultos, hombres y mujeres, como para los ancianos y los niños; agravamiento del problema de la vivienda y de las condiciones de salud, etcétera. No deja de ser revelador que, todavía en la segunda y tercera décadas del siglo XIX, las reivindicaciones mayores, como lo recuerda Strachey, proclamadas por el reformista utópico Owen, fuesen las de una jornada máxima de trabajo de... ¡14 horas diarias primero y 12 después, así como la prohibición del trabajo de niños *menores de 10 años!*³⁶

Todo esto da lugar, naturalmente, a distintos movimientos que tienden a la reorganización de los trabajadores en sindicatos y otras asociaciones de defensa, que llegan a su culminación con los intentos revolucionarios cartistas y owenistas de la tercera y cuarta década del siglo XIX. Sin embargo, como afirma el matrimonio de investigadores ingleses, Sidney y Beatrice Webb, tras del impacto de esos movimientos y de la revolución francesa de 1848, "... el peligro de revolución había pasado. Una nueva generación de trabajadores llegaba a la madurez, para quienes lo peor de la vieja opresión era desconocido y se habían embebido en la filosofía económica y política de los reformistas de clase media".³⁷

La expansión colonialista sirvió, pues, no sólo al propósito de ensanchar el mercado británico, asegurar el control sobre las principales fuentes de materias primas y dar salida a capitales "redundantes" que podían así obtener tasas más altas de utilidad, activándose con todo ello el proceso metropolitano de acumulación y el crecimiento acelerado de la productividad; sobre esa poderosa base fue posible también introducir reformas sociales, favorecer a la clase obrera inglesa con parte de los despojos hechos al mundo colonial y desviarla de sus cauces revolucionarios iniciales. Por ello, estimo que no le falta razón a Schumpeter,³⁸ cuando señala que el expansionismo imperialista de Inglaterra, más que un ejemplo de lucha de clases exhibe, uno de "cooperación de clases" (aunque más bien habría que decir que la lucha de clases se presenta enmascarada por ésta y otras circunstancias).

Además, muchos de los campesinos y obreros ingleses que no encontraban acomodo en la isla pudieron emigrar a las distintas posesiones: "... Durante la primera mitad del siglo XIX —escribe un conocido historiador británico— el campo inglés podía aún proporcionar un tipo excelente de colonizador para las nuevas tierras allende el océano [principalmente Canadá, Australia y Nueva Zelanda]. Los hombres estaban acostumbrados a las privaciones y a las largas jornadas de trabajo a la intemperie... Las mujeres estaban listas para tener y cuidar grandes familias. Todas las circunstancias de la Inglaterra de la posguerra [el autor se refiere a las guerras napoleónicas] ayudaban

a este gran movimiento de colonización. La sobrepoblación que aterriza a los contemporáneos de Malthus, las dificultades económicas y sociales, el resentimiento que los espíritus más libres sentían contra la dominación de los nobles y los granjeros, fueron todos factores que condujeron a construir el Segundo Imperio Británico... Así, la Comunidad Británica de Naciones fue fundada justo a tiempo.”³⁹

7. Unas palabras sobre la crisis general

El objeto de estas notas, como dije, es enfatizar algunos aspectos del desarrollo de la economía inglesa en su etapa premonopolista. No nos compete en esta oportunidad hablar en detalle de lo que ha sido la etapa monopolística, esto es, de lo que ha sido el imperialismo británico. Cuando me he referido a la expansión colonialista naturalmente he aludido a los prolegómenos de esta nueva etapa, que surge como fruto del proceso creciente de concentración y centralización de capitales. Pero lo que sí puedo en estos momentos esbozar es que si el modelo inglés es por antonomasia uno que permite entender mejor los mecanismos del desarrollo del capitalismo en las condiciones “clásicas”, que hicieron posible la poderosa expansión del sistema, también ha convirtiéndose, nítidamente, en un modelo igualmente clásico de los factores de su decadencia.

Tendremos oportunidad de examinar problemas tales como la crisis general del capitalismo; pero ahora en la Gran Bretaña, como en pocos otros países del mundo, puede incluso palpase físicamente lo que quiere decir la crisis general de esta formación socioeconómica. Quienes, como el que escribe, tuvimos la oportunidad de vivir en aquella isla por algún tiempo —un par de años—, podríamos mostrar no pocos ejemplos. Entre otros muchos, me viene a la mente que en alguno de sus escritos Engels batía palmas sobre la capacidad del capitalismo como revolucionador de la técnica, a propósito de la puesta en operación de un ferrocarril rápido de Londres a Glasgow que en 1890 y tantos atravesaba toda la isla en algo así como 8 horas; 50 y tantos años después, el mismo expreso requería 9 horas y media para hacer este recorrido. Ejemplos tan gráficos como éste son a los que me quiero referir. Los sistemas ferroviarios de fines del siglo XIX y de principios del XX, entonces resplandecientes, en ocasiones son los mismos que funcionan en 1968, incluso con los mismos terraplenes, edificios y equipos victorianos; la modernización operada en las últimas décadas dista de haber sido total. Los viejos tiros de las minas, por los que todavía bajan diariamente algunos ancianos a extraer el carbón, son los mismos que abrieron sus abuelos, etcétera. Hasta muchas de sus fábricas

cas, almacenes, bancos, edificios gubernamentales, puentes y puertos huelen a viejo . . .

Pero lo anterior no quiere decir que en Gran Bretaña no haya ejemplos formidables de las más modernas y eficientes realizaciones técnicas a la vuelta de cada esquina. Simplemente que la sociedad inglesa no puede ya ocultar tras la pantalla de algunas realizaciones de los grandes monopolios —por lo demás, muchos de ellos ahora son en realidad norteamericanos—, determinados aspectos de esa crisis general del sistema que la han llevado no sólo a ser incapaz, desde hace bastante tiempo, de imponer su moneda en el mundo como la divisa de mayor demanda internacional, sino que ni siquiera para mantener su paridad cambiaría. Del mismo modo, la Gran Bretaña tampoco puede mantener su hegemonía política, militar y comercial ni hacer frente a las fuerzas socioeconómicas que la llevan a abandonar, como un clavo ardiente o como si fueran sustancias orgánicas que han entrado en putrefacción, una tras otra todas las atalayas de su ya esclerótico imperio.

Si acaso, toda la situación de crisis insalvable lleva al otrora poderoso león británico a conformarse con las migajas que le corresponden, como socio menor del más fuerte imperialismo norteamericano, en la explotación de otros pueblos; empero, ya nunca más para imponer la tónica de esa dominación.

Si el ejemplo inglés nos señala, como pocos, la capacidad de expandir las fuerzas productivas de que en su apogeo fue capaz el sistema capitalista, también hoy nos exhibe, con igual claridad, su incapacidad para seguir en verdad hacia adelante. Y si como todos sabemos —o deberíamos saber—, desarrollo y subdesarrollo son anverso y reverso de un mismo proceso histórico unívoco de carácter mundial, tendríamos que entender que el crecimiento inglés, como el de otro puñado de naciones desarrolladas e imperialistas, se hizo a costa de la pobreza y el atraso de la mayoría de los países del mundo. Para mí, esta es la conclusión más importante: si el sistema en que vivimos expone ante la humanidad su decadencia en los sitios mismos en los que exhibió, en otras épocas, su mayor pujanza, es también un sistema incapaz de llevar a la superación del subdesarrollo a los países que, como México, todavía lo padecen.

¹ Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, libro II, cap. v.

² John A. Hobson, *The Evolution of Modern Capitalism*, The Walter Scott Publishing Co., Londres y Felling-on Tyne, 1906, p. 24.

³ Ver Leo Huberman, *Man's Worldly Goods*, Monthly Review Press, Nueva York, cuarta edición, 1961, cap. VI y VII; hay traducción al español publicada en Argentina.

⁴ J. Hobson, *ob. cit.*, p. 5.

- 5 Christopher Hill, *The English Revolution 1640, an Essay*, Lawrence and Wishart Ltd., Londres, 1959, p. 11.
- 6 *Ibid.*, pp. 53-54.
- 7 *Ibid.*, p. 61.
- 8 Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, George Routledge & Sons., Londres, 1947, pp. 161-62.
- 9 *Ibid.*, p. 189.
- 10 Paul Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1967, p. 246.
- 11 *Ibid.*, pp. 247-49.
- 12 Carlos Marx, *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, vol. I, p. 646.
- 13 Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1946, p. 86.
- 14 Ver Seminario de Desarrollo y Planificación, *Materiales de estudio*, núm. 1, marzo de 1968.
- 15 D. Riazanof, "Notas Aclaratorias", en C. Marx y F. Engels, *Biografía del Manifiesto Comunista*, con una introducción histórica de Wenceslao Roces, Editorial México, S. A., México, 1949, pp. 117-19.
- 16 *Ibid.*, pp. 129-30.
- 17 J. L. y Barbara Hammond, *The Rise of Modern Industry*, Methuen & Co., Londres, 1947, séptima edición, pp. 73-80; primera edición, 1925.
- 18 C. Marx, *ob. cit.*, pp. 347-47.
- 19 C. Marx, *ob. cit.*, pp. 534-26.
- 20 Bairoch, *ob. cit.*, p. 146.
- 21 C. Marx, *ob. cit.*, vol. I, p. 501.
- 22 Ver Fernando Paz Sánchez, "La Formación del Mercado Interno y el Desarrollo", Seminario de Desarrollo y Planificación, E.N.E., séptimo semestre, 1ª conferencia, 28 febrero 1968.
- 23 Ver José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Casa de las Américas, La Habana, 1963, en particular el intitulado "Esquema de la Evolución Económica."
- 24 P. Bairoch, *ob. cit.*, p. 242.
- 25 *Ibid.*, p. 256.
- 26 *Ibid.*, pp. 262 y ss.
- 27 *Ibid.*, p. 233.
- 28 *Ibid.*, p. 284. Datos a precios corrientes.
- 29 *Ibid.*, pp. 294 y ss.
- 30 Citado por R. Palme Dutt, *The crisis of Britain and the British Empire*, Lawrence & Wishart Ltd., Londres, 1953, p. 72.
- 31 *The law of civilisation and decay*, pp. 263-64; citado por R. Palme Dutt, *India today*, People's Publishing House Ltd, Bombay, 1949, p. 107.
- 32 "The British Rule in India", artículo en el *New York Daily Tribune* del 25 de junio de 1853, citado en *India today*, p. 85.
- 33 R. Palme Dutt, *India today*, pp. 114-20.
- 34 R. Palme Dutt, *The crisis of Britain...*, p. 76.
- 35 Citado por Palme Dutt, *India today*, pp. 81-82.
- 36 Ver John Strachey, *Teoría y práctica del socialismo*, Universidad Obrera, traducción y prólogo de Narciso Bassols, México, 1937, p. 293.
- 37 Sidney y Beatrice Webb, *The history of trade unionism*, Longmans, Green and Co., Londres, 1950; primera edición 1894, p. 178.
- 38 J. Schumpeter, *ob. cit.*, p. 70.
- 39 G. M. Trevelyan, *English social history, Chaucer to Queen Victoria*, Longmans, Green and Co., Londres, 1946, pp. 474-75.